



EL SITIO DE ACAPULCO

La ocupación de Oaxaca y los trabajos de organización y completo dominio de las regiones vecinas no detuvieron a Morelos sino hasta el 9 de enero de 1813. Este día emprendió la marcha hacia Acapulco. La decisión de encaminar en tal sentido las operaciones militares se tiene generalmente como el principio y la causa de su decadencia y de sus desastres posteriores, y aun se juzga por algunos como un error tan grande, que por sí solo basta para nublar el prestigio de Morelos y permite atribuir a la casualidad los triunfos pasados. Es indudable que el asedio y toma de Acapulco, realizados con aparente felicidad, inician en la carrera del héroe el declive hacia la ruina total, pero no pueden tenerse como la causa única de los reveses posteriores.

Antes que nada, es preciso no olvidar que en la Nueva España, y sobre todo en los campamentos insurgentes, se tenían muy escasas, retrasadas y dudosas noticias de la situación política europea y aun de la misma capital del virreinato. A la censura, establecida como sistema en el régimen colonial, que apenas dejaba pasar una que otra gaceta portadora de noticias atrasadas, debe agregarse la dificultad de comunicaciones, agravada por el estado de guerra, así como la pobre cultura de casi todos los jefes insurgentes, su cándida credulidad y su excesiva confianza en la grandeza y en la fuerza de la patria.

Así se explica que, mientras las tropas francesas veían decidida en contra suya la suerte de la guerra en España, Morelos las creía posesionadas de Cádiz y esperando sólo reponerse y descansar para seguir en su obra destructora del poderío español. “El francés está en Cádiz —escribía Morelos en una carta a Rayón—, pero tan gastado, que necesita un año para reponerse, y entonces lo esperaremos en Ve-

racruz." Esta jactancia tiene tanto de sincera temeridad como de conocimiento incompleto y torcido de la situación.

Se debe recordar, además, que por un fenómeno frecuente en la historia el francés católico era para los habitantes de la Nueva España el enemigo religioso, el enemigo nacional, el hereje, el siervo del Anticristo, mientras que el inglés protestante era el amigo y aliado. Y así se explica también cómo Morelos pudo forjarse la ilusión de que Inglaterra y los Estados Unidos de América estaban dispuestos a establecer relaciones diplomáticas y comerciales con la Nueva España, como nación independiente.

La toma de Oaxaca aumentó de un golpe el territorio dominado por los independientes, en tal forma, que la Nueva España pareció dividirse en dos grandes porciones, con autoridades distintas. Morelos y otros jefes insurgentes eran obedecidos; recaudaban impuestos; organizaban tropas; nombraban dignatarios y empleados civiles, militares y eclesiásticos, y cumplían, en fin, todas las funciones de un gobierno en la región formada por el centro y sur de Veracruz, con la excepción del puerto del mismo nombre; toda la provincia de Oaxaca, hasta la frontera con Guatemala; las Mixtecas; la provincia de Michoacán hasta Colima, con excepción de Acapulco gran parte de las provincias de Puebla y México, y menos efectivamente, los valles de Cuernavaca, Cuautla y Toluca. El virrey dominaba todo el resto del país, sin más obstáculo que las numerosas partidas, inconexas y rapaces, que merodeaban por toda la Nueva España. Pero las tropas del virrey estaban incapacitadas por entonces para emprender operaciones ofensivas contra los insurgentes, mientras que la situación militar de estos últimos les permitía amenazar por varios rumbos con una invasión del territorio enemigo.

Morelos resistió la tentación de avanzar sobre la misma ciudad de México, que habría sido posible atacar, aprovechando las ventajas de la posición y los recursos y tropas obtenidas en Oaxaca. Después de algunas vacilaciones, provocadas por los avisos de sus partidarios residentes en México y en Tlaxcala, que le ofrecían apoyo eficaz si se presentaba frente a dichas ciudades, decidió al fin dirigirse sobre Acapulco.

Tal vez influyeran en su ánimo dos impulsos de orden moral: su amor propio, ofendido por la obstinada resistencia del puerto y el fuerte, y el recuerdo de Hidalgo, que, al nombrarlo su lugarteniente en el sur, lo comisionó de un modo especial para que se hiciera dueño de la plaza de Acapulco, protegida por la fortaleza de San Diego.

Por último, debe reconocerse que, así como las tropas del virrey no podían penetrar en el territorio insurgente, Morelos no podía, con seguridades de éxito, salir de sus dominios, a pesar de su posición militar ventajosa, porque sus tropas no estaban todavía suficientemente disciplinadas y capaces para tomar la ofensiva internándose en el campo enemigo, y más aún, porque la acción de todas las fuerzas independientes no podían encuadrarse de un modo compacto y uniforme, por las rivalidades de los jefes y el desorden, que sólo se habían extinguido entre las tropas que conducían personalmente Morelos, Galeana y Matamoros. Lo prudente por ambas partes era, sin duda, la interrupción de la campaña, limitarla a operaciones defensivas y dedicar todos los recursos y toda la actividad a los trabajos de organización, reclutamiento y demás preparativos de guerra.

El domingo 14 de marzo dio órdenes Morelos para que su columna se pusiese en marcha, llevando la vanguardia el padre Cano y la retaguardia el general Galeana. A las tres leguas atravesaron el río Quetzala, pernoctando en la margen opuesta, para reanudar la marcha al día siguiente y entrar a la Palizada el martes 16 de marzo, después que la evacuó el teniente Reguera, que no se atrevió a atacar la columna de los independientes. Atrincheró Morelos el punto, y dejando un destacamento reanudó la jornada para rendirla en Cruz Alta, en donde descansó tres días.

En un manuscrito que se ha publicado como anónimo, y que Alamán atribuye a Rosáinz calificando su estilo de pedantesco, se asientan en forma de Diario los incidentes de la expedición de Morelos de Oaxaca a Acapulco. Y aunque efectivamente el tono general de estas notas lleva el sello de la retórica del mencionado secretario, ofrece en ocasiones datos de interés, con la fuerza de su testimonio presencial. Por ejemplo el que corresponde al 19 de marzo de 1813 que dice: "Hoy ha sido un día de regocijo: cumpleaños del señor general; y cuando otro lo hubiera empleado en banquetes opíparos, festivos bailes, larga bebida y placeres ruinosos, su excelencia suspendió la marcha y se quedó en este páramo, sólo porque se quedaron a pie muchos soldados y cansadas sesenta mulas de carga. Su trabajo en dictar fue el mismo de siempre. No permitió que se le hicieran salvas, ni recibió otro obsequio que el afecto sincero de cuantos tenemos la honra de servir bajo las órdenes de este hombre singular que los más días almuerza un pedazo de carne fría, sentado en el suelo, que come mal y casi no descansa de sus fatigas."

El 26 de marzo de 1813, en su cuartel general en el Paso de Sabana, dictó Morelos una disposición para fijar el precio de las subsistencias (Doc. I-III, pp. 158, 159), que como todos los decretos de este género, es una buena intención, en el insoluble dilema económico del espíritu de lucro y la desigual repartición de la riqueza.

Una orden expedida el 30 de marzo (1813) y dirigida a los "comandantes", jueces, repúblicas y vecinos principales de la costa comprendida entre Acapulco y las Californias decía lo siguiente:

"1º Que se negaran víveres a las embarcaciones que transitaran por ese mar, por juzgarlas todas enemigas, y aunque se presentaran como de paz, ni si les ministrara ni aun leña, por ningún dinero, pacto o ventaja y solamente se les permitiera ocurrir a Acapulco, donde si no fueren enemigas se les habilitaría con arreglo al derecho de gentes.

"2º Que del mismo modo se negaran a los enemigos los víveres por tierra y se prendiera a todo europeo para aplicarle pena o perdón según sus obras.

"3º Que se hicieran acopios de víveres de cuatro mil raciones, algo más que menos, desde Zacatula hasta las Californias, porque estaba resuelto (Morelos) a tomar las costas del poniente con sólo cuatro mil hombres.

"4º Que se compusieran los caminos de modo que pudiera transitar por ellos artillería de calibre."

Las anteriores disposiciones han sido criticadas porque parecen absurdas, fantásticas e impracticables, y se han atribuido a una especie de delirio de grandeza, que daba órdenes incluso a las repúblicas o comunidades de indios, en comarcas y en condiciones completamente fuera del dominio insurgente, como si las extraordinarias hazañas realizadas anteriormente pudieran repetirse y multiplicarse en escala gigantesca. Pero tal vez sea más razonable suponer que en este caso se trata solamente de un ardid para despistar al enemigo, desviando la atención de las tropas realistas.

Las tropas insurgentes se aproximaron al puerto en los primeros días del mes de abril, sin que las avanzadas realistas opusieran ninguna resistencia en sus posiciones de la Palizada, y el día 6 del mismo abril inició sus operaciones de ataque.

Disponía Morelos únicamente de 1,500 hombres y muy escasa artillería, sin una sola pieza de sitio, mientras que los realistas, mandados por el comandante don Pedro Vélez, amparados por las fortificaciones y obras de defensa del puerto y por los muros del castillo de San Diego, contaban con 90 cañones y con el auxilio de varios buques que aseguraban el aprovisionamiento. Los insurgentes se dividieron en tres columnas, destinadas sucesivamente a ocupar: la de Hermenegildo Galeana, la eminencia conocida por cerro de las Iguanas; la que mandaba Julián de Ávila, la Casa Mata y el cerro de la Mira, y la tercera, formada por las dos compañías de la escolta personal de Morelos, los arrabales de la población y las casas más retiradas.

Después de seis días de bombardeo y una vez terminado el cerco de la plaza con la ocupación de la Caleta, dispuso Morelos el asalto, que se verificó en la noche, con éxito, favorecido por el abandono del baluarte del hospital, que era uno de los puntos mejor fortificados y que la guarnición realista dejó a los asaltantes por el pánico que produjo la explosión de una caja de municiones. Los combatientes y habitantes pacíficos se refugiaron en el castillo de San Diego.

El día 6, muy temprano, envió Morelos al capitán Vélez pliego de la intimación, al que contestó éste "...que sólo los bárbaros capitulaban", y anexo a esta respuesta un papelito sin firma, pero con letra del mismo Vélez, que decía: "Política y acertadas medidas le harán llegar a usted al fin que desea."

El sábado 12 de abril inició la contraofensiva el capitán Vélez, ordenando romper violento fuego con toda la artillería sobre las posiciones insurgentes. A poco el combate se generalizó. Morelos, que había enviado a Vélez tres intimaciones más para que capitulara, aceptó el combate y lo dirigió con su peculiar habilidad. Describiendo la refriega con pintoresco lenguaje, el licenciado Rosáinz dice: "El castillo se levantaba en medio de los edificios como un gigante soberbio; cubría sus lados el fortín del Padrastro, el del hospital y dos bergantines por la playa; sin embargo, nuestra tropa atacaba con furor. Avanzaron las dos compañías de la escolta con el brigadier Ávila, que se retiró, herido de bala en el muslo, hasta la casa contigua al hospital; levantábase una polvareda inmensa que nos cegaba e impedía que diésemos un paso adelante, hasta la oración de la noche. A esta hora nos hallamos en las circunstancias más apuradas. El teniente coronel González había mandado repetidos recados para que se le auxiliase, pues se hallaba con menos de 60 hombres. El Sr. Morelos repetía sus

órdenes para el ataque, pero la tropa estaba incapaz de obrar, porque toda ella se había embriagado. En estos momentos se oye un espantoso estallido por el fortín del hospital, la llamarada alumbría los montes inmediatos y el humo y polvo se levantan hasta las nubes... Todos, titubeantes y atónitos, nos preguntábamos la causa y a esta sazón se oye la grita de la tropa y vivas a María Santísima de Guadalupe. Causólo todo el haberse incendiado un cajón de pólvora de pertrecho que voló las paredes e hizo que huyeran despavoridos los enemigos, dejándonos en las salas los muertos y enfermos."

Los insurgentes ocuparon la población y quemaron las casas próximas al castillo, con lo cual no quedó a los sitiados más comunicación que la del mar. Pero ésta era bien suficiente para prolongar indefinidamente el asedio, porque los elementos de Morelos apenas eran bastantes para sostener un simple bloqueo por tierra, mientras que la fortaleza podía recibir auxilios por medio de los barcos que venían de San Blas, y mantenimientos de otro género de la cercana isla Roqueta, ocupada aún por tropas realistas.

Morelos alojó su gente en las casas de la ciudad, pero estaba todavía bajo la amenaza de los cañones del castillo, y tanto, que una bala llegó hasta su habitación y mató a su ayudante Felipe Hernández. El mismo Morelos quedó cubierto de sangre al morir el mencionado oficial. En estos días, se presentó la india María Manuela Molina, que había sido nombrada capitana de la Junta, y levantado una compañía, con la cual asistió a siete acciones de guerra, dirigiéndose después a Acapulco solamente por conocer a Morelos.

Morelos intentó minar el castillo, y para ello dispuso que se practicara una excavación, que sólo pudo llegar hasta cerca del foso. El 9 de junio, don Pablo Galeana, con 80 insurgentes, sorprendió al destacamento que custodiaba la isla Roqueta y ocupó el punto, con muy pocas pérdidas. Aun privados de este auxilio, los defensores de San Diego esperaban recibir socorros enviados de San Blas y, efectivamente, por conducto del bergantín San Carlos recibieron gran acopio de víveres.

Sitiados y sitiadores comenzaban ya a sufrir las consecuencias de un asedio tan prolongado, en un clima tan caluroso y en la más dura estación del año. Morelos necesitaba acudir a Chilpancingo para ocuparse en los trabajos políticos, que más adelante estudiaremos, y sólo permaneció frente a sus tropas y no dejó el mando a Galeana, como pensaba hacerlo, porque este mismo le encareció la necesidad de su presencia, para que las tropas no se desalentaran en aquella empresa.

tan fatigosa. Entre los sitiados, las penalidades crecientes fueron incubando la idea de capitulación, y como el jefe insurgente tuvo noticia de tal desfallecimiento, avivó sus esfuerzos y apretó el cerco, hasta lograr, por medio de una atrevida maniobra en la que sus tropas desafiaron los fuegos del castillo, que éste quedara rodeado por completo y reducido a la más difícil situación. Este movimiento, que cerró a los sitiados, se realizó en la noche del 17 de agosto.

El comandante Vélez comisionó para tratar con los sitiadores a oficiales subalternos y sin credenciales, tal vez por el deseo de comprometerse lo menos posible. El día 30 de abril, Morelos envió al castillo una nueva intimación o parlamento. Decía en esta ocasión que no admitía la personalidad de tales comisionados, porque aun cuando él fuera el hombre más miserable, la nación lo había condecorado con el título de capitán general; vocal de la Suprema Junta, para recobrar sus derechos usurpados y sería conformarse con un desprecio si tratare con quien no debería tratar.

Agregaba que su carácter lo inducía más a la benevolencia que a la violencia, como lo había demostrado en Oaxaca y decía: "eso que usted llama revolución es para mí y será a los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres, ejercicios de virtud; yo no hago otra cosa que empeñarme en que se le dé a cada uno lo que fuere suyo, en contener al pueblo para que ni la sangre de los culpados derrame... dígalo Portilla y cuantos europeos he traído a mi lado para escaparlos de las garras de otros, y aunque algunos han pagado con la vida, ha sido a más no poder; como sucedió en Tixtla y Chilapa en donde hubo mayor número de criollos muertos que de europeos... Usted dice que ignora nuestro sistema y yo digo que es más claro que la luz y... acompaña a usted una copia de los elementos de nuestra constitución... En dos palabras vuelvo a cifrar el designio: la nación quiere que el gobierno recaiga en los criollos y como no se la ha querido oír ha tomado las armas para hacerse entender y obedecer... y por tanto notifíco a usted que como gobernador del castillo de Acapulco, me entregue el gobierno político y militar para ponerlo en manos de los criollos electos por los mismos criollos, dejando a salvo el derecho de usted, que como miembro de la misma nación, puede tener para continuar en el mismo ejemplo o en otro de mayor graduación, como sucedió en Oaxaca y en infinitos lugares en que se han quedado gobernándolos los mismos individuos del lugar..."

En los primeros días de mayo dirigió a los sitiados otro mensaje dedicado especialmente a los europeos que estaban en el castillo, en

estos términos: “... vosotros sois cuatro y estáis queriendo resistir a una nación entera levantada en masa que reclama sus derechos a gobernar por falta de monarca. ¡Eso es locura! que cuatro individuos resistan a cuatro millones. Yo estoy autorizado por la nación; soy uno de los vocales de la Suprema Junta de este reino; estoy revestido de toda la autoridad de ella, y como cristiano, en uso de la caridad práctica del prójimo, vuelvo a intimaros que entreguéis el mando de esa fortaleza y conservaréis la vida y comodidades; bien entendidos que de lo contrario, vais a perecer con muchos inocentes que juzgo engañados, en vuestra compañía. Si yo pudiera remediarlo con mi vida la sacrificaría gustoso por la salvación del crecido número que va a perecer al impulso de la pólvora; pero no tengo arbitrio; la nación está irritada, cada día más y más con el derramamiento de sangre de nuestros hermanos. Vosotros también lo sois; pero engañados con las esperanzas de España no queréis dar oído a nuestros clamores... Ya no puedo contener al ejército, y con trabajo he conseguido daros esta cristiana amonestación...”

Al mismo tiempo, el jefe de los sitiados recibió otra nota de Morelos, que trataba de reforzar su acción con argumentos y convencer a Vélez, empeñado en resistir y ganar tiempo, y que había alegado, entre otras razones, su obligación de defender a los europeos que estaban con él. Morelos decía: “Ese corto número de europeos es para mí recomendable, ya por la notoria bondad de unos, como don Simón Adrián, ya porque sólo comprometidos han hecho la guerra, otros, como don Francisco París... Ahora bien, ¿que negocia la nación ni menos yo, con el exterminio de unos pocos que, empleados o comprometidos, no han hecho más que cumplir con las órdenes superiores en las que ellos mismos serán interesados? Venegas huyendo para Veracruz, no se sabe la suerte que ha corrido. (Esta frase se explica porque en aquellos días Venegas dejó el cargo de virrey, y su salida se quiso interpretar entre los insurgentes como una fuga)... Calleja enmudecido por un año desde el famoso sitio de Cuautla... si cuando estaban todos unidos con toda su fuerza, no se dio el auxilio competente a las divisiones que guarneían este puerto ¿cuál se puede esperar con la desunión y poca fuerza? ¿Y que avanzaría yo con destruir un corto número de individuos acaso parientes de mis progenitores? Más avanzaré sin duda, a lo menos para con Dios, libertándolos y protegiéndolos. No puedo pasar en silencio que hoy hace un año que rompi la línea del sitio de Cuautla, y aunque la Gaceta de México dijo la historia al revés, los que la vieron la están publicando al derecho.

Dice en su parte Calleja que 'entró a Cuautla sin resistencia alguna, después de haber salido de aquella plaza Morelos con su ejército bien ordenado', y como poco antes había dicho y bien: que no podían salir ni las ratas, le faltó al parte decir que salió por encima de su artillería, como así fue. No traigo a colación la historia por jactancia, sino por desengaño de la Gaceta de México... En esos papeles públicos se dijo que se encontró al señor Hidalgo muerto en su coche en las Cruces y de este modo le dieron siete vidas y a mí me han dado setenta y siete... Yo no podré retirarme sin dejar en poder de la nación el castillo de Acapulco, o el lugar que éste ocupaba si fuere necesario volarlo."

Pero el sitio se prolongaba, principalmente por la falta de artillería de grueso calibre y alcance suficiente para el bombardeo de la fortaleza y Morelos quiso todavía intentar la persuasión con otra proclama del 27 de junio que decía: "Americanos de Acapulco, cristianos hijos de Jesucristo, hermanos y conciudadanos míos: con cuánto dolor os veo atormentados en ese castillo sacrificandoos... y más cuando me han informado los últimos soldados que se pasaron, de que no habéis recibido los muchos papeles que os he despachado en todos los parlamentos... La España se perdió y nosotros no debemos ser gobernados por los franceses. Toda la cuestión es que los españoles entreguen el gobierno a los americanos criollos del lugar, es decir: que los que gobernán por España entreguen esa fortaleza a los criollos de Acapulco, a vosotros mismos y a vuestros vecinos, para que quedéis gobernando en nombre de la nación, esto es, a nombre de la Suprema Junta Nacional Americana, que ya está gobernando en este reino. Si así os lo hubiesen explicado desde el primer día, se hubiera ahorrado tantas muertes y penalidades que estáis pasando. No puedo menos de creer que entre vosotros hay algunos pocos que quieran hacerse memorables a costa de vuestra sangre y tal vez de vuestras almas, y por lo mismo os han ocultado la verdad de la causa por la que peleamos; pero bien la podéis conocer; pues en este ejército están vuestros amigos y parientes, en gran número; y no todos han de haber perdido el juicio para estar peleando injustamente el padre con el hijo y el hermano con el hermano... Pero demos que vosotros así queráis pelear; veamos la ventaja que os resulta: ¡Ninguna! porque tarde o temprano se ha de consumir cuanto hay en el Castillo. Auxilio no puede venir por tierra ni por agua. En más de dos años y medio no ha podido el gobierno español quitar el cerco de Acapulco... si aguardáis a redirlos hasta experimentar una necesidad total no tendréis boca para

pedir mercedes . . . y cuando no esté en vuestra mano entregar la fortaleza venid cuantos queráis, a vivir a vuestras casas . . . Y si os queréis desengañar venid a todos los que se tomaron de la isla (Roqueta) . . . venid a ver a los que allí fueron hechos prisioneros como nada se les ha hecho; antes bien se ha acudido a sus necesidades; curando a los enfermos y aliviando a los necesitados.”

Todavía quiso buscar dilaciones el gobernador del castillo y en vez de dirigirse a Morelos escribió a don Hermenegildo Galeana para decirle que no podía entregar la fortaleza confiada a su honradez y en caso de hacerlo requería una capitulación honrosa. Galeana contestó el 8 de agosto replicando a Vélez que no debía enempeñarse en defender el puesto que le había confiado un gobierno agonizante del cual no podía esperar recompensa y en cambio le serviría de “ignominia en su nación si permanece contra el nuevo, pero robusto gobierno americano”. Le decía también que en obsequio a la amistad y la humanidad, había hablado de su carta al señor general Morelos y éste le había respondido: “Nuestro sistema no es sanguinario, sino humano y liberal”; que se había hecho el propósito de volar el castillo, pero “al fin somos americanos, lo cual explica la caridad y la compasión, y si la fortaleza se rinde, no quedará desairada la propuesta de su defensor” en lo relativo a una honorable capitulación.

Aún tuvo que enviar Galeana otras dos cartas a Vélez con argumentos semejantes, la última fechada el 14 de Agosto, antes de que se desvanecieran los escrúpulos del gobernador y se decidiera finalmente a la capitulación.

Por fin el comandante Vélez se decidió a rendir las armas, y el 20 de agosto ocuparon los insurgentes la fortaleza, mediante una ventajosa capitulación.

Sirvió de intermediario insurgente para parlamentar el capitán Francisco Mongoy, y como el teniente Reguera, que acababa de incorporarse al castillo, pidiese a Morelos que el parlamentario fuera un oficial de mayor graduación, comisionó aquél al canónigo Velazco. La capitulación se firmó al día siguiente, recibiendo el mariscal Galeana la fortaleza. Dice una información documental: “. . . El 20 de agosto tremoló el pabellón mexicano sobre los muros de San Diego de Acapulco. Su guarnición salió con los honores de la guerra: abrazáronse vencedores y vencidos. Morelos, al ocupar la fortaleza, recibió de manos de su gobernador el bastón, quien le dijo estas palabras:

“—Señor Excelentísimo: Tengo el honor de poner en manos de V. E. este bastón con que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en

mi corazón que para su conquista haya sido preciso derramar tanta sangre...

“Morelos lo recibió con dignidad y le dijo:

“—Por mí no se ha derramado ninguna...

“En la mesa brindó Morelos diciendo:

“—Viva España; pero España hermana, no dominadora de América.”

Según la crítica moderna, Morelos confió demasiado en un bloqueo en que el hambre, la escasez de agua potable y demás elementos no podían ser totales, ya que el castillo estaba abastecido por mar. Confiar también en el efecto moral que debían causar las enfermedades y la miseria era tanto como atenerse a un resultado mediato, cuyo final bien podía cambiar algún acontecimiento fortuito. Si en lugar de esperar tanto tiempo, estrecha el sitio, como lo hizo el 17 de agosto hasta el punto de ser imposible su continuación, ya que no podía emplear una constante táctica de desgaste ejecutando falsas retiradas para obligar a Vélez a hacer salidas, el final hubiese sido más rápido.

Morelos perdió siete meses desde la salida de Oaxaca hasta la toma de Acapulco. Ciento que su prestigio creció; pero dio tiempo al virrey para destruir los núcleos insurgentes que llegaban cerca de la capital del virreinato y a la región comprendida actualmente entre los Estados de Querétaro, Hidalgo y Puebla; le dio tiempo para perseguir a los insurgentes Villagrán, al cura Correo y a Rayón, en Huichapan, Tlalpujahua y Zimapán, etc., castigándolos duramente; le permitió reunir y reorganizar las fuerzas que Venegas desatinadamente había dispersado, dedicándolas a guarnicionar pueblos y a convoyar conductas, y finalmente, le dio lugar a construir divisiones que, como la del general Moreno Daoiz, deberían servir de fuerza de atracción para provocar el levantamiento de la reacción a todo lo largo de las márgenes del río Mezcala hasta el litoral del mar sur. La misión encomendada al general Moreno Daoiz de vigilar los movimientos de Morelos, para caer sobre él y aniquilarlo, seguramente se realizaría cuando el caudillo insurgente tuviera que alejarse de su base de operaciones, privado de la simpatía con que contaba en la zona costera, y perdida la ventaja que le proporcionaban las montañas. Esta ocasión se presentó, y la aprovecharon parte de las tropas de esa división cuando Morelos, después de su desventurada expedición a Valladolid y su inactividad de más de un año, intentó franquear la zona ribereña del Balsas, ya entonces controlada por los realistas, yendo a caer prisionero en Temascalaca.

En cuanto a Vélez, se comprende que era un oficial de los que se han dado en llamar ordenancistas, apegado al código militar rigorista; sin más horizontes que los preceptos legales; sin prácticas de campaña, pues tenía más de doce años de estar encerrado en Acapulco con reducida tropa. Era, según se infiere, muy celoso del principio de autoridad, y seguramente algunas veces abusó de ella a fuerza de ejercerla. Las sugerencias o advertencias, o las reticencias para cumplir sus órdenes le indignaban, y no parecía que pudiera tolerarlas. Quisquilloso, pero sin iniciativa propia, hizo del sitio una defensiva pasiva, condenable para cualquier oficial acostumbrado a la maniobra.

Sin embargo, Vélez, con todos sus defectos, agotó en la defensiva pasiva todos los recursos morales, físicos y económicos, aun cuando entregó buena suma de municiones a los vencedores. Luchó cuanto pudo, hasta que las enfermedades, lo escaso de la guarnición y la falta de sal y leña le impusieron la capitulación y cuando las disensiones y el recargo del servicio hacían insopportable la resistencia. Es de llamar la atención el abandono en que le tuvo el gobierno del virrey, que no hizo esfuerzos para mandarle ni siquiera un batallón, confiando demasiado, probablemente, en el poder defensivo de una fortaleza que, aunque hecha sólo para resistir ataques por mar, era una magnífica posición de defensa para la plaza.

El fruto inmediato que tuvo para Morelos esta dilatada empresa, fue un grueso botín de guerra, entre el cual se hallaban 80 piezas de artillería.

Como se ve, las operaciones militares, en sí mismas no tienen por qué obscurecer el prestigio militar de Morelos. El triunfo directo y la victoria moral se lograron con la adquisición del puerto, que era al mismo tiempo plaza fortificada, bien guarneida y con abundantes pertrechos. El caudillo vencedor pudo anunciar que había terminado la "conquista del Sur".

Las brillantes acciones de armas que sostenían, entretanto, Bravo en San Juan Coscomatepec, y Matamoros en San Agustín del Palmar, contra tropas realistas integradas por soldados españoles, vinieron a fortificar el prestigio y el poder de Morelos.

En cambio en el territorio dominado por el virrey, los realistas preparaban una nueva faz de los acontecimientos, en la forma que veremos más adelante. El tiempo que Morelos dedicó al asedio de Acapulco, permitió al virrey organizar tropas, meditar planes de campaña y reunir elementos, que al obrar y desarrollarse más tarde, modi-

ficaron desfavorablemente la marcha de la guerra. Por tanto, el error de Morelos parece consistir en haber emprendido el sitio de Acapulco con elementos muy escasos, que retardaron el triunfo, y esto, más que una culpa, es una desgracia, por una parte, y por otra, un exceso de actividad y energía.

En una nota de 15 de enero de 1813 Morelos envío a Rayón algunos comentarios sobre cuestiones políticas y militares. Se refirió a la ilusoria libertad de imprenta concedida por la Constitución de 1812 que en la Nueva España nulificaron las autoridades virreinales por medio de persecuciones, explicables por lo demás si se tiene en cuenta la situación peligrosa en que se encontraba el gobierno. Y en el aspecto militar apuntó sus intenciones de atacar las plazas de Puebla y México, para lo cual necesitaba reunir suficientes elementos de guerra y contar con el apoyo de las tropas que suponía a las órdenes de Rayón. Esto mismo se repite en otras notas de fechas 31 de enero y 28 de Febrero del mismo año, y pueden servir en parte para explicar los movimientos de Morelos y su decisión de dirigirse hacia Acapulco, porque temía que se repitiera la situación de Cuautla y quería tener "la espalda segura". Parece contestación a los críticos que entonces o más tarde, juzgaron desde lejos la marcha de las operaciones, el siguiente desahogo: "si hubiera estado cuidando a Tehuacán, nunca habría tomado Oaxaca y si estuviera cuidando Oaxaca nunca concluiría con Acapulco."